

23

diciembre

Domingo IV de Adviento
(Ciclo C) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

De ti nacerá el que debe gobernar a Israel

Lectura de la profecía de Miqueas 5, 1-4a

Así habla el Señor:

Y tú, Belén Efratá, tan pequeña entre los clanes de Judá, de ti me nacerá el que debe gobernar a Israel: sus orígenes se remontan al pasado, a un tiempo inmemorial.

Por eso, el Señor los abandonará hasta el momento en que dé a luz la que debe ser madre; entonces el resto de sus hermanos volverá junto a los israelitas. El se mantendrá de pie y los apacentará con la fuerza del Señor, con la majestad del nombre del Señor, su Dios.

Ellos habitarán tranquilos, porque él será grande hasta los confines de la tierra. ¡Y él mismo será la paz!

Palabra de Dios.

SALMO 79, 2ac. 3b. 15-16. 18-19

*R. Restáuranos, Señor del universo,
que brille tu rostro y seremos salvados.*

Escucha, Pastor de Israel,
tú que tienes el trono sobre los querubines, resplandece,
reafirma tu poder y ven a salvarnos. **R.**

Vuélvete, Señor de los ejércitos,
observa desde el cielo y mira:
ven a visitar tu vid,
la cepa que plantó tu mano,
el retoño que tú hiciste vigoroso. **R.**

Que tu mano sostenga al que está a tu derecha,
al hombre que tú fortaleciste,

y nunca nos apartaremos de ti:
devuélvenos la vida e invocaremos tu Nombre. **R.**

Aquí estoy para hacer, Dios, tu voluntad

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 5-10

Hermanos:

Cristo, al entrar en el mundo, dijo: Tú no has querido sacrificio ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo. No has mirado con agrado los holocaustos ni los sacrificios expiatorios. Entonces dije: Aquí estoy, yo vengo - como está escrito de mí en el libro de la Ley- para hacer, Dios, tu voluntad.

El comienza diciendo: Tú no has querido ni has mirado con agrado los sacrificios, los holocaustos, ni los sacrificios expiatorios, a pesar de que están prescritos por la Ley. Y luego añade: Aquí estoy, yo vengo para hacer tu voluntad. Así declara abolido el primer régimen para establecer el segundo. Y en virtud de esta voluntad quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez para siempre.

Palabra de Dios.

ALELUIA Lc 1, 38

Aleluia.

Yo soy la servidora del Señor;
que se cumpla en mí lo que has dicho.

Aleluia.

EVANGELIO

¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme?

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 1, 39-45

En aquellos días:

María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Apenas esta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó:

«¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor.»

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

IV Domingo de Adviento - Ciclo C *(Domingo 23 de diciembre de 2018)*

Entrada:

Celebramos hoy el cuarto domingo de Adviento. Mañana a la noche celebraremos el nacimiento de Jesús, pobre y humilde en Belén. En esta Santa Misa en la cual estamos participando, Jesús nacerá bajo las especies del pan y del vino. Jesús se hará presente con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Participemos dignamente de esta Eucaristía.

Primera Lectura:*Mi 5,1-4a*

El profeta Miqueas anuncia que el que debe gobernar a Israel nacerá en Belén de Judá.

Salmo Responsorial: 79**Segunda Lectura:***Hb 10,5-10*

Por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez para siempre, quedamos santificados.

Evangelio:*Lc 1,39-45*

En este evangelio San Lucas nos narra la visitación de la Virgen María a su prima Santa Isabel. Isabel proclama feliz a María porque creyó que verdaderamente el Verbo se haría hombre en su seno.

Preces:

Elevemos nuestras súplicas al Padre eterno que, movido por su infinito amor, envió al mundo a su Hijo para salvarnos, y digámosle confiados.

A cada intención respondemos cantando:

* Pidamos por la Santa Iglesia, para que resplandeciente de alegría por la inminente venida del Salvador despierte la esperanza de todos los hombres de hallar la salvación en la misericordia de Dios. Oremos.

* Elevemos nuestras súplicas en favor de los misioneros, especialmente por los más solos, atribulados, enfermos y ancianos, para que Dios los fortalezca hasta el final de su vidas entregadas totalmente al servicio de la difusión del Evangelio de Jesucristo. Oremos.

* Pidamos que Dios ilumine las conciencias de nuestros gobernantes y les dé fortaleza para que todas sus decisiones estén encaminadas al bien común y respeten la identidad católica de nuestra nación. Oremos.

* Te rogamos por los pobres, por los que no tienen trabajo, por los enfermos y por todos los desvalidos, especialmente por los que pasarán solos la Navidad y las fiestas de fin de año, en los asilos, cárceles y hospitales, para que encuentren en sus prójimos el apoyo de una verdadera y solícita caridad que los aliente a llevar su cruz. Oremos.

* Por los frutos de las próximas celebraciones navideñas, pidiendo especialmente que las almas se acerquen a los sacramentos de la reconciliación y de la Eucaristía y de esta manera puedan participar vivamente de la gracia que el Hijo de Dios trajo al mundo por medio de su Encarnación redentora. Oremos.

Padre todopoderoso, que sabes compadecerte de nuestra indigencia, concédenos lo que te pedimos junto al don de tu Hijo Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Ofertorio:

Nuestra disposición a recibir la salvación de manos de María Santísima es un don que queremos ofrecer a Dios junto al sacrificio de su divino Hijo.

* Presentamos el **pan y el vino**, que por medio de tu sacerdote se convertirán en nuestro alimento para la vida eterna.

Comunión:

Acerquémonos a Jesús Eucaristía pidiendo la gracia de ser hostias vivas que se consuman en su amor.

Salida:

Mañana será Navidad. Volvamos a nuestras ocupaciones habituales con la alegría de haber participado de la alabanza del Señor y con la decisión de hacer nacer a Jesús en nuestros corazones y en los corazones de nuestros hermanos.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético**Cuarto domingo de Adviento (C)**

CEC 148, 495, 717, 2676: la "Visitación"

CEC 462, 606-607, 2568, 2824: el Hijo se ha encarnado para cumplir la voluntad del Padre

La Visitación

148 La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que "nada es imposible para Dios" (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). Isabel la saludó: "¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!" (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).

495 Llamada en los Evangelios "la Madre de Jesús" (Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como "la madre de mi Señor" desde antes del nacimiento de su hijo (cf. Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios ["Theotokos"] (cf. DS 251).

717 "Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. (Jn 1, 6). Juan fue "lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" (Lc 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La "visitación" de María a Isabel se convirtió así en "visita de Dios a su pueblo" (Lc 1, 68).

2676 Este doble movimiento de la oración a María ha encontrado una expresión privilegiada en la oración del Ave María:

"Dios te salve, María [Alégrate, María]". La salutación del Ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Es Dios mismo quien por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava (cf. Lc 1, 48) y a alegrarnos con el gozo que El encuentra en ella (cf. So 3, 17b)

"Llena de gracia, el Señor es contigo": Las dos palabras del saludo del ángel se aclaran mutuamente. María es la llena de gracia porque el Señor está con ella. La gracia de la que está colmada es la presencia de Aquél que es la fuente de toda gracia. "Alégrate... Hija de Jerusalén... el Señor está en medio de ti" (So 3, 14, 17a). María, en quien va a habitar el Señor, es en persona la hija de Sión, el arca de la Alianza, el

lugar donde reside la Gloria del Señor: ella es "la morada de Dios entre los hombres" (Ap 21, 3). "Llena de gracia", se ha dado toda al que viene a habitar en ella y al que entregará al mundo.

"Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". Después del saludo del ángel, hacemos nuestro el de Isabel. "Llena del Espíritu Santo" (Lc 1, 41), Isabel es la primera en la larga serie de las generaciones que llaman bienaventurada a María (cf. Lc 1, 48): "Bienaventurada la que ha creído..." (Lc 1, 45): María es "bendita entre todas las mujeres" porque ha creído en el cumplimiento de la palabra del Señor. Abraham, por su fe, se convirtió en bendición para todas las "naciones de la tierra" (Gn 12, 3). Por su fe, María vino a ser la madre de los creyentes, gracias a la cual todas las naciones de la tierra reciben a Aquél que es la bendición misma de Dios: Jesús, el fruto bendito de su vientre.

El Hijo se ha encarnado para cumplir la voluntad del Padre

462 La carta a los Hebreos habla del mismo misterio:

Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: No quisiste sacrificio y oblación; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo ... a hacer, oh Dios, tu voluntad! (Hb 10, 5-7, citando Sal 40, 7-9 LXX).

606 El Hijo de Dios "bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado" (Jn 6, 38), "al entrar en este mundo, dice: ... He aquí que vengo ... para hacer, oh Dios, tu voluntad ... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús "por los pecados del mundo entero" (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: "El Padre me ama porque doy mi vida" (Jn 10, 17). "El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado" (Jn 14, 31).

607 Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: "¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!" (Jn 12, 27). "El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?" (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que "todo esté cumplido" (Jn 19, 30), dice: "Tengo sed" (Jn 19, 28).

2568 La revelación de la oración en el Antiguo Testamento se inscribe entre la caída y la elevación del hombre, entre la llamada dolorosa de Dios a sus primeros hijos: "¿Dónde estás?... ¿Por qué lo has hecho?" (Gn 3, 9. 13) y la respuesta del Hijo único al entrar en el mundo: "He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hb 10, 5-7). Así, la oración está ligada con la historia de los hombres, es la relación con Dios en los acontecimientos de la historia.

2824 En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: " He aquí que yo vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad" (Hb 10, 7; Sal 40, 7). Sólo Jesús puede decir: "Yo hago siempre lo que le agrada a él" (Jn 8, 29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: "No se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22, 42; cf Jn 4, 34; 5, 30; 6, 38). He aquí por qué Jesús "se entregó a sí mismo por nuestros pecados según la voluntad de Dios" (Ga 1, 4). "Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10, 10).

2. EXÉGESIS

Encuentro
(Lc.1,39-45)

El encuentro entre María e Isabel enlaza las dos narraciones de la anunciación de Juan y de Jesús, pero también las dos narraciones del nacimiento y de la infancia. Gracias al encuentro con Isabel adquiere María una inteligencia más profunda del mensaje que le ha dirigido Dios ([Lc.1:39-45](#)) y canta un cántico de alabanza a la acción salvífica de Dios ([Lc.1:46-55](#)). Con unas breves palabras sobre la permanencia de María junto a Isabel y sobre su regreso ([Lc.1:56](#)) se cierra este relato que respira admirable intimidad y calor religioso.

a) Las madres agraciadas ([Lc.1:39-45](#)).

39 Por aquellos días, María se puso en camino y se fue con presteza a una ciudad de la región montañosa de Judá. 40 Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

La marcha tuvo lugar por aquellos días, poco después de la anunciación. El camino lleva de Nazaret a una ciudad de Judá, situada en la región montañosa limitada por el Negeb, el desierto de Judá y la Sefalá. Según una vieja tradición, estaba situada la ciudad en el emplazamiento de la actual En-Karim, a unos seis kilómetros y medio al oeste de Jerusalén. El camino que tuvo que recorrer María desde Nazaret exigía tres o cuatro días de marcha.

María se fue a la región montañosa con presteza. El viaje era incómodo, y sin embargo fue María con presteza. Aquí se inicia la gran marcha que llena la obra histórica de Lucas, el evangelio y los Hechos de los Apóstoles. La Palabra de Dios efectúa una marcha del cielo a la tierra, de Nazaret a Jerusalén, de Jerusalén a Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra, sin tener en cuenta las dificultades, siempre con presteza.

Al término de la marcha entra María en casa de Zacarías y saluda a Isabel. También esto se hace con presteza. Sólo saluda a Isabel, a quien Dios la ha remitido. En el camino no saluda a nadie. Procede como los mensajeros que enviará Jesús y que recibirán el encargo: «No saludéis a nadie por el camino» (10,4). La historia de la infancia contiene las líneas fundamentales de la acción de Jesús; la acción de Jesús es modelo para la vida de la Iglesia.

41 Y apenas oyó ésta el saludo de María, el niño saltó de gozo en el seno de Isabel, la cual quedó llena de Espíritu Santo.

En el saludo de María, que lleva al Mesías en su seno, la salud mesiánica alcanza a Isabel y, a través de su madre, a Juan. El niño salta de gozo en el seno materno. El movimiento natural del niño se convierte en signo del gozo que suscita el encuentro con el portador de la salud. Este signo tenía un significado más profundo que el movimiento de los gemelos Esaú y Jacob en el seno de Rebeca. «Chocaban entre sí en el seno materno los gemelos, lo que le hizo exclamar: Si esto es así, ¿para qué vivir? Y fue a consultar a Yahveh, que le respondió: Dos pueblos llevas en tu seno. Dos pueblos que al salir de tus entrañas se separarán. Una nación prevalecerá sobre la otra. Y el mayor servirá al menor» ([Gen 25:22s](#)). Dios dirige la historia de los hombres aun antes de que nazcan. El profeta Jeremías consigna la palabra de Dios: «Antes que te formara en las entrañas maternas te conocía; antes que tú salieses del seno materno te consagré y te designé para profeta de pueblos» ([Jer 1:5](#)).

Isabel quedó llena de Espíritu Santo. Cuando María entra en la casa y se oyen sus palabras de saludo, se inicia la bendición del tiempo de salud. Dios dirá a sus mensajeros: «Y en cualquier casa en que entréis, decid primero: Paz a esta casa. Y si allí hay alguien que merece la paz, se posará sobre él vuestra paz» ([Jer 10:5s](#)). En la casa de Zacarías se efectúa en el estrecho ámbito de la historia de la infancia lo que se efectuará en Jerusalén después de la resurrección del Señor: «Y sucederá en los últimos días que derramaré mi Espíritu sobre toda carne. Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas» (Act 2,17: [Joe 3:1-5](#)). La historia de la infancia de la Iglesia es la renovación de la historia de la infancia de Jesús.

42 Y exclamó a voz en grito: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! 43 ¿Y de dónde a mí esto: que la madre de mi Señor venga a mí? 44 Porque mira: apenas llegó a mis oídos tu saludo, el niño saltó de gozo en mi seno. 45 ¡Bienaventurada tú, que has creído; porque se cumplirán las palabras que se te han anunciado de parte del Señor!

Isabel, llena del Espíritu Santo, habla en una moción extática, bajo el influjo de Dios, en forma litúrgica solemne, como cantaban los levitas delante del arca de la alianza ([1Cr 16:4](#)). Es pregonera de la salud, servidora del Señor que se presenta en su casa. El Espíritu Santo le da a conocer el misterio de María.

La profetisa recoge la alabanza del ángel y la confirma: Bendita tú entre las mujeres. Añade la razón de esta bendición: Y bendito el fruto de tu vientre. Se le predica bendición porque antes ha sido bendecida por Dios con la abundancia de todas las bendiciones que están compendiadas en Cristo ([Efe 1:3](#)).

María, Arca de la Alianza: ¿De dónde a mí esto? Análogamente habló David cuando había de llevar el arca de la alianza a Jerusalén: «Habiéndose puesto en marcha, David y todo el ejército que lo acompañaba partieron en dirección a Baalá de Judá, para subir el arca de Dios, sobre la cual se invoca el nombre de Yahveh Sebaot, sentado entre los querubines. Pusieron sobre un carro nuevo el arca de Dios y la sacaron de casa de Abinadab, que está sobre la colina... David y toda la casa de Israel iban danzando delante de Yahveh con todas sus fuerzas con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos... Atemorizóse entonces David de Yahveh y dijo: ¿Cómo voy a llevar a mi casa el arca de Yahveh? Y desistió ya de llevar a su casa el arca de Yahveh a la ciudad de David, y la hizo llevar a casa de Obededón de Gat, y Yahveh le bendijo a él y a toda su casa. Dijéronle a David: Yahveh ha bendecido a la casa de Obededón y a cuanto tiene con él por causa del arca de Dios» ([2Sa 6:2-11](#)). Parece que este texto influyó en la exposición de Lucas. María fue considerada como el arca de la alianza del Nuevo Testamento. Lleva al Santo en su seno, la revelación de Dios, la fuente de toda bendición, la causa del gozo de la salvación, el centro del nuevo culto.¹

El saludo de María tiene por respuesta los jubilosos saltos del niño. Irrumpe el júbilo del tiempo mesiánico de salvación, que el profeta había descrito con estas palabras: «Saldréis y saltaréis como terneros que salen del establo (a los que se han soltado las cadenas)» ([Mal 3:20](#)). El tiempo de salvación es tiempo de alegría.

El cántico de alabanza que entona Isabel termina con palabras de felicitación para María. Bienaventurada tú, que has creído. María es madre de Jesucristo, porque ha dado el sí en santa obediencia. Cuando aquella mujer del pueblo bendijo a Jesús diciendo: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te criaron», dijo él: «Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan» ([Mal 11:27s](#)). Con un acto de fe comienza la historia de la salvación de Israel: Abraham se marcha con su mujer a una tierra desconocida, únicamente porque Dios lo ha llamado y le ha prometido bendecirle con gran descendencia ([Gen 12:1-5](#)); con un acto de fe comienza la historia de la salvación del mundo: María creyó las palabras de Dios: que ella sería la virgen madre del Mesías.

(STÖGER, A., *El Evangelio de San Lucas*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Herder, Barcelona, 1969)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

San Juan Pablo II

Feliz la que ha creído

12. Poco después de la narración de la anunciación, el evangelista Lucas nos guía tras los pasos de la Virgen de Nazaret hacia « una ciudad de Judá » (Lc 1, 39). Según los estudiosos esta ciudad debería ser la actual Ain-

¹ El paralelismo entre el saludo de Isabel y las palabras de David es el siguiente. Isabel, al entrar María a su casa, exclama: “¿De dónde a mí esto que venga a mi casa la Madre de Dios?”. David, cuando el arca de la alianza está por entrar en su casa dice, en otras palabras: “¿De dónde a mí esto que venga a mi casa el arca de la alianza?”. Por eso es que se puede establecer ese paralelismo: María es la nueva Arca de la Alianza. De hecho es una de las letanías lauretanas: *Foederis Arca* (Nota del Editor).

Karim, situada entre las montañas, no distante de Jerusalén. María llegó allí « con prontitud » *para visitar a Isabel* su pariente. El motivo de la visita se halla también en el hecho de que, durante la anunciación, Gabriel había nombrado de modo significativo a Isabel, que en edad avanzada había concebido de su marido Zacarías un hijo, por el poder de Dios: « Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, *porque ninguna cosa es imposible a Dios* » (Lc 1, 36-37). El mensajero divino se había referido a cuanto había acontecido en Isabel, para responder a la pregunta de María: « ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? » (Lc 1, 34). Esto sucederá precisamente por el « poder del Altísimo », como y más aún que en el caso de Isabel.

Así pues María, movida por la caridad, se dirige a la casa de su pariente. Cuando entra, Isabel, al responder a su saludo y sintiendo saltar de gozo al niño en su seno, « llena de Espíritu Santo », a su vez saluda a *María* en alta voz: « Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno » (cf. Lc 1, 40-42). Esta exclamación o aclamación de Isabel entraría posteriormente en el *Ave María*, como una continuación del saludo del ángel, convirtiéndose así en una de las plegarias más frecuentes de la Iglesia. Pero más significativas son todavía las palabras de Isabel en la pregunta que sigue: « ¿de donde a mí que *la madre de mi Señor* venga a mí? » (Lc 1, 43). Isabel da testimonio de María: reconoce y proclama que ante ella está la Madre del Señor, la Madre del Mesías. De este testimonio participa también el hijo que Isabel lleva en su seno: « saltó de gozo el niño en su seno » (Lc 1, 44). EL niño es el futuro Juan el Bautista, que en el Jordán señalará en Jesús al Mesías.

En el saludo de Isabel cada palabra está llena de sentido y, sin embargo, parece ser de *importancia fundamental* lo que dice al final: « ¡*Feliz la que ha creído* que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor! » (Lc 1, 45).²⁸ Estas palabras se pueden poner junto al apelativo « llena de gracia » del saludo del ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque « ha creído ». *La plenitud de gracia*, anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; *la fe de María*, proclamada por Isabel en la visitación, indica *como la Virgen de Nazaret ha respondido a este don*.

13. « Cuando Dios revela hay que prestarle la *obediencia de la fe* » (Rom 16, 26; cf. Rom 1, 5; 2 Cor 10, 5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, como enseña el Concilio.²⁹ Esta descripción de la fe encontró una realización perfecta en María. El momento « decisivo » fue la anunciación, y las mismas palabras de Isabel « Feliz la que ha creído » se refieren en primer lugar a este instante.³⁰

En efecto, en la Anunciación María se ha *abandonado en Dios* completamente, manifestando « la obediencia de la fe » a aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando « el homenaje del entendimiento y de la voluntad ». ³¹ Ha respondido, por tanto, *con todo su « yo » humano, femenino*, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con « la gracia de Dios que previene y socorre » y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que, « perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones ». ³²

La palabra del Dios viviente, anunciada a María por el ángel, se refería a ella misma « vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo » (Lc 1, 31). Acogiendo este anuncio, María se convertiría en la « Madre del Señor » y en ella se realizaría el misterio divino de la Encarnación: « El Padre de las misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada ». ³³ Y María da este consentimiento, después de haber escuchado todas las palabras del mensajero. Dice: « He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra » (Lc 1, 38). Este *fiat* de María —« hágase en mí »— ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. Se da una plena consonancia con las palabras del Hijo que, según la *Carta a los Hebreos*, al venir al mundo dice al Padre: « Sacrificio y oblación no quisiste; *pero me has formado un cuerpo ... He aquí que vengo ... a hacer, oh Dios, tu voluntad* » (Hb 10, 5-7). El misterio de la Encarnación se ha realizado en el momento en el cual María ha pronunciado su *fiat*: « hágase en mí según tu palabra », haciendo posible, en cuanto concernía a ella según el designio divino, el cumplimiento del deseo de su Hijo. María ha pronunciado este *fiat por medio de la fe*. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y « se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo ». ³⁴ Y este Hijo —como enseñan los Padres— lo ha concebido en la mente antes que en el seno: precisamente por medio de la fe. ³⁵ Justamente, por ello, Isabel alaba a María: « ¡Feliz la que ha creído que se *cumplirían* las cosas que le fueron dichas por parte del Señor! ». Estas palabras ya se han realizado. María de Nazaret se presenta en el umbral de la casa de Isabel y Zacarías como Madre del Hijo de Dios. Es el descubrimiento gozoso de Isabel: « ¿de donde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? ».

14. Por lo tanto, la fe de María puede *parangonarse* también a *la de Abraham*, llamado por el Apóstol « nuestro padre en la fe » (cf. *Rom* 4, 12). En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la anunciación da comienzo a la Nueva Alianza. Como Abraham « *esperando contra toda esperanza, creyó* y fue hecho padre de muchas naciones » (cf. *Rom* 4, 18), así María, en el instante de la anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen (« ¿cómo será esto, puesto que no conozco varón? »), *creyó* que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel: « el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios » (*Lc* 1, 35).

Sin embargo las palabras de Isabel « Feliz la que ha creído » no se aplican únicamente a aquel momento concreto de la anunciación. Ciertamente la anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el punto de partida, de donde inicia todo su « camino hacia Dios », todo su camino de fe. Y sobre esta vía, de modo eminente y realmente heroico —es más, con un heroísmo de fe cada vez mayor— se efectuará la « obediencia » profesada por ella a la palabra de la divina revelación. Y esta « obediencia de la fe » por parte de María a lo largo de todo su camino tendrá analogías sorprendentes con la fe de Abraham. Como el patriarca del Pueblo de Dios, así también María, a través del camino de su *fiat* filial y maternal, « *esperando contra esperanza, creyó* ». De modo especial a lo largo de algunas etapas de este camino la bendición concedida a « la que ha creído » se revelará con particular evidencia. Creer quiere decir « abandonarse » en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente « ¡cuán insondables son sus designios e *inescrutables sus caminos!* » (*Rom* 11, 33). María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos « *inescrutables caminos* » y de los « insondables designios » de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino.

(SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Mater*, n° 12 – 14)

4. SANTOS PADRES

San Agustín

“Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de su seno”

"El evangelista advierte que al decir esto, Isabel estaba *llena del Espíritu Santo* (*Lc* 1, 41), por cuya revelación había entendido sin duda lo que significaba que el niño hubiera saltado de alegría en su seno, es decir que había venido la madre de aquel de quien él sería el Precursor y el que lo señala.

Por tanto pudo darse ese significado a aquel gran acontecimiento para conocimiento de los mayores, sin que el niño lo supiera. Porque, efectivamente, cuando esto se narra en el Evangelio no se dice: 'Crejó el niño en su seno', sino *saltó de alegría*. Tampoco Isabel dijo: 'Saltó por la fe el niño en mi seno', sino *saltó de alegría*. Efectivamente, vemos saltar no sólo a los niños sino también a los animales y no ciertamente por la fe, la religión o por cualquier otro conocimiento racional. En cambio este salto seguramente manifiesta algo insólito y nuevo, porque sucedió dentro del seno materno y a la llegada de aquella que daría a luz al Salvador de los hombres. Por eso ese salto es admirable y debe considerarse un gran signo y es como la devolución del saludo a la madre del Señor y, como suelen ser los milagros, algo realizado por Dios en el niño y no una obra humana del niño." (*C.187, 7, 23*)

"*El Dios que dijo: 'Brille la luz en medio de las tinieblas', la hizo brillar en nuestros corazones* (2 Co 4, 6). Este brillar la luz en las tinieblas lo significó el Señor naciendo de noche y resucitando también de noche.

Lo cierto es que la luz que surge de las tinieblas es Cristo nacido de los judíos, a los cuales se dijo: *Comparé a la madre de ustedes con la noche* (*Os* 4, 5). Pero en medio de aquel pueblo, como si fuera en aquella noche, la Virgen María no fue noche, sino que fue de algún modo una estrella en la noche; por eso su alumbramiento lo señaló una estrella que condujo a una larga noche, es decir a los magos de oriente, a adorar la Luz. Así se cumplió en ellos lo que se dijo: *Brille la luz en medio de las tinieblas*. La resurrección y el nacimiento de Cristo coinciden en algo: como en la tumba nueva no hubo antes ningún muerto, ni ninguno fue puesto después; así en el seno virginal ningún mortal fue engendrado antes ni después de él." (*S. 223 D, 2*)

"Isabel concibió a un hombre, María concibió a un hombre; Isabel es la madre de Juan, María es la madre de Cristo. Pero Isabel concibió a uno que era sólo hombre, María a uno que era Dios y hombre. ¡Es algo admirable que una criatura haya podido concebir al Creador! ¿Qué debemos entender con esto, hermanos míos, sino que el mismo que hizo al primer hombre, sin madre y sin padre, hizo su propia carne solamente por la madre?"

Nuestra primera caída fue cuando la mujer por la que fuimos muertos recibió en su corazón el veneno de la serpiente. La serpiente, en efecto, la persuadió para que pecase, y el mal consejero fue escuchado. Si nuestra primera caída fue cuando una mujer recibió en su corazón el veneno de la serpiente, no debe asombrarnos que nuestra salvación haya sido cuando otra mujer concibió en su seno la carne del Todopoderoso. Cada uno de los dos sexos había sido herido y cada uno tenía que ser renovado. Por mujer fuimos arrojados a la muerte y por mujer se nos devolvió la salvación." (S. 289, 2)

(SAN AGUSTÍN, *Comentarios a los evangelios dominicales y festivos*, Ciclo C, Religión y Cultura, Buenos Aires, 2006, p. 15 – 16)

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

La visitación (Lc 1,39-45)

Introducción

Estando ya muy cercanos a la Navidad en este IV Domingo de Adviento, la Iglesia quiere presentarnos aquellos acontecimientos que están más directamente relacionados la concepción virginal de María y la encarnación del Verbo. En el Ciclo A se presenta el hecho de la encarnación en la narración de Mateo y en la anunciación hecha a José (Mt 1,18-24). En el Ciclo B se narra la anunciación del ángel a María (Lc 1,26-38). Y en este Ciclo C escuchamos el evangelio de la visitación de la Virgen María a su pariente Isabel (Lc 1,39-45).

1. La encarnación del Verbo proclamada por Isabel

La visitación a su pariente Isabel está estrechamente relacionada con la anunciación del ángel a María y con la encarnación del Verbo. En efecto, el texto griego original, al comenzar la narración de la visitación de María, pone una partícula, la partícula *dè*, que cumple la función denexo entre lo que se ha narrado y lo que se va a narrar. No cabe duda que para San Lucas hay una relación directa entre la encarnación del Verbo que, con el consentimiento de María, acaba de suceder, y la visitación. La sintaxis del texto nos autoriza a decir que hay una relación causal entre la encarnación del Verbo y la visita que María hace a Isabel.

Y allí sucede un hecho extraordinario: Isabel, recibiendo dócilmente una revelación del Espíritu Santo, se convierte en la primera persona después de María en reconocer que el Verbo se hizo carne, que Dios se hizo hombre². Esto queda de manifiesto cuando Isabel dice: “¿A qué debo que venga a mí la madre de mi Señor?” (Lc 1,43). Sin ninguna duda que Isabel al decir ‘Señor’ (en griego, *Kýrios*) se refiere a Dios. En efecto, dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “En la traducción griega de los libros del Antiguo Testamento, el nombre inefable con el cual Dios se reveló a Moisés (cf. Ex 3,14), YHWH, es traducido por *Kyrios* (‘Señor’). Señor se convierte desde entonces en el nombre más habitual para designar la divinidad misma del Dios de Israel. El Nuevo Testamento utiliza en este sentido fuerte el título ‘Señor’ para el Padre, pero lo emplea también, y aquí está la novedad, para Jesús reconociéndolo como Dios (cf. 1 Co 2,8).

“El mismo Jesús se atribuye de forma velada este título cuando discute con los fariseos sobre el sentido del Salmo 109 (cf. Mt 22,41-46; cf. también Hch 2,34-36; Hb 1,13), pero también de manera explícita al

² K. Stock dice: “Isabel es la primera persona que ha comprendido lo que ha acontecido a María en la anunciación” (STOCK, K., *La Liturgia de la Parola. Spiegazione dei Vangeli domenicali e festivi*, Anno C (Luca), ADP, Roma 2003, p. 33 – 38; traducción nuestra).

dirigirse a sus apóstoles (cf. Jn 13,13: ‘Vosotros me llamáis ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y decís bien, porque lo soy’). (...)

“En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en adoración: ‘Señor mío y Dios mío’ (Jn 20,28). (...)

“Atribuyendo a Jesús el título divino de Señor, las primeras confesiones de fe de la Iglesia afirman desde el principio (cf. Hch 2,34-36) que el poder, el honor y la gloria debidos a Dios Padre convienen también a Jesús (cf. Rm 9,5; Tt 2,13; Ap 5,13) porque él es de ‘condición divina’ (Flp 2,6)” (CEC, n° 446 – 449).

E, incluso, el Catecismo de la Iglesia Católica dice explícitamente que en la frase de Isabel hay un reconocimiento de la divinidad de Jesucristo. En efecto, dice el Catecismo: “Este título *Kýrios*, bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el reconocimiento del misterio divino de Jesús”, e, inmediatamente, el Catecismo pone la cita de Lc 1,43, es decir, la frase de Isabel (CEC, n° 448).

Por lo tanto, la frase de Isabel ‘la madre de mi Señor’ significa ‘la madre de mi Dios’. Esto lo confirma K. Stock con la siguiente frase: “En relación a María, a su posición y a su cometido, Isabel experimenta al mismo tiempo su propia posición, su propia indignidad: ‘¿A qué debo que venga a mí la madre de mi Señor?’ María ha concebido al Hijo del Altísimo (Lc 1,32), al Hijo de Dios (Lc 1,35), y lo dará a luz; por eso es ‘la madre del Señor’. Estas indicaciones son ulteriormente explicitadas cuando, a la parte del ‘Ave María’ tomada del Nuevo Testamento, agregamos la petición: ‘Santa María, *madre de Dios*, ruega por nosotros pecadores’. Pedimos a la madre del Señor, a la madre de Dios, que interceda por nosotros”³.

Esta proclamación de Isabel fue hecha teniendo como causa una revelación del Espíritu Santo. En efecto, dos versículos antes se dice que, después del saludo de María, Isabel ‘fue llena del Espíritu Santo’ (Lc 1,41). Con razón dice San Pablo: “Nadie puede decir ‘Jesús es el Señor’ sino en el Espíritu Santo” (1Cor 12,3). Isabel recibe aquí el don de profecía, es decir, una iluminación del Espíritu Santo que le revela una verdad divina y que Isabel acepta con docilidad y gozo. Por eso dice K. Stock: “Isabel dice aquello que el Espíritu Santo le hace conocer”⁴.

Isabel recibe del Espíritu Santo la revelación divina de que el Verbo se hizo carne en el seno de María. Ella recibe esa revelación con docilidad, cree en ella y la proclama con gozo y generosidad. El texto griego del original dice: ‘*Anephónesen kraugê megále*’, que significa literalmente: ‘Proclamó con un gran grito’⁵. Isabel ‘proclamó con un gran grito’ que María es la Madre de Dios, es decir, ‘proclamó con un gran grito’ que el Verbo se hizo carne, que Dios se hizo hombre en el seno de María; ‘proclamó con un gran grito’ la encarnación del Verbo. Isabel se convierte así en la primera ‘evangelizadora’ de la Buena Noticia de la Encarnación.

Isabel tiene una sensibilidad especial para las cosas de Dios y percibe lo sacro con una particular nitidez. Y por eso mismo siente más el contraste que hay entre la santidad de Dios y su condición de persona pecadora, entre la santidad de María y su indignidad, y por eso dice: “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”⁶. Pedro tendrá una actitud muy parecida a la de Isabel cuando experimente la divinidad de Jesús ante el prodigio de la pesca milagrosa: “Sacaron tal cantidad de peces, que las redes estaban a punto de romperse. (...) Al ver esto Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador” (Lc 5,6.8). Pedro también es un hombre con una particular sensibilidad para intuir la presencia de Dios

³ STOCK, K., *Ibidem*; traducción nuestra.

⁴ STOCK, K., *Ibidem*; traducción nuestra.

⁵ El verbo *anafonéo* se usa en el griego clásico para significar la acción que hace un mensajero que proclama el bando público de alguna autoridad (cf. SCHENKL, F. – BRUNETTI, F., *Dizionario Greco – Italiano – Greco*, Fratelli Melita Editori, La Spezia, 1990, p. 71). El sustantivo *kraugé* significa, principalmente, ‘grito’. En el NT se usa esta palabra incluso en sentido peyorativo, como cuando San Pablo dice (Ef 4,31) que no condice con la condición de cristiano el andar a los ‘gritos’ (cf. STRONG, TUGGY, VINE y SWANSON en *Multiléxico del NT*, n° 2906; cf. también SCHENKL, F. – BRUNETTI, F., *Idem*, p. 487).

⁶ Es difícil la traducción de esta frase. El original griego dice: ‘*Póthen moi toúto hina élthe he méter tou Kýriou mou pròs emé*’, que literalmente significa: “¿De dónde a mí esto que venga la madre de mi Señor a mí?” Expresa asombro y perplejidad, que son interpretadas de distintas maneras por los traductores. La Biblia de Jerusalén traduce literalmente. San Jerónimo también. Otros traducen de la siguiente manera: “¿A qué debo que la madre de mi Señor venga a mí?” (Conferencia Episcopal Italiana). “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?” (Alonso Schöckel). “¿Cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme?” (Nueva Biblia Internacional).

y para discernir lo sagrado, y ante esa presencia reconoce la inmensa distancia que hay entre el Absoluto y su humanidad finita, limitada y pecadora.

Es mucha la riqueza de matices que guarda la actitud de Isabel: reconocimiento de la divinidad de Jesucristo, es decir, reconocimiento de la encarnación del Verbo; reconocimiento de la maternidad divina de María; aceptación dócil y gozosa de una revelación del Espíritu Santo; proclamación entusiasmada y ardiente de la Buena Noticia de la encarnación del Verbo; autoconciencia de su indignidad ante Dios y ante María⁷. Toda esta riqueza que guarda la actitud de Isabel debe ser incorporada por el cristiano ante esta Navidad que se acerca.

2. *María es bienaventurada por su fe*

En el punto anterior vimos la actitud que Isabel tiene ante la encarnación del Verbo. Pero Isabel también nos revela la actitud que María tiene ante la encarnación del Verbo. Esta actitud de María está descrita en la frase de Isabel: “Bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue dicho de parte del Señor” (Lc 1,45). ¿Qué es lo que le fue dicho a María de parte del Señor, que María creyó y que tendrá cumplimiento? Sin duda, la encarnación del Verbo en su seno, la cual le fue anunciada por el Ángel, y que haría de ella la verdadera Madre de Dios.

En efecto, Orígenes dice que la frase de Isabel se refiere a la fe que María prestó a las palabras del arcángel Gabriel que le anunciaban que el Verbo se haría carne en su seno⁸. Y San Gregorio Magno dice que Isabel supo que María había tenido fe sobrenatural en las promesas que le había hecho el arcángel Gabriel de que ella sería la madre de Dios, y atribuye ese conocimiento de Isabel al espíritu de profecía que ella había recibido. Dice San Gregorio textualmente: “De tal manera Isabel fue aferrada por el espíritu de profecía que, respecto a María, conoció lo pasado, lo presente y lo futuro. Lo pasado, porque conoció que María tuvo fe sobrenatural en las promesas del Ángel. Lo presente, porque conoció que María llevaba en su seno al redentor del género humano, y por eso la llama ‘madre del Señor’. Y vio también el futuro, prediciendo lo que había de suceder, es decir, que María sería bienaventurada”⁹.

Las palabras del arcángel Gabriel a María son una revelación verdadera de Dios cuyo contenido es que el Verbo se haría hombre a partir de la propia carne y sangre de María, sin concurso de varón, virginalmente¹⁰. Y María creyó con fe sobrenatural en las palabras que el arcángel Gabriel dijo de parte de Dios. E Isabel conoció proféticamente que María había tenido esa fe.

Respecto a esto dice K. Stock: “María es esencialmente y en primer lugar aquella que cree. Si el comportamiento de Dios hacia ella está caracterizado por la gracia (Lc 1,28) y por la bendición (Lc 1,42), el comportamiento de María hacia Dios está caracterizado por la fe. Ella acogió con fe la palabra de Dios. Tomó en serio y reconoció que es válido lo que Dios le hizo anunciar. Se abandonó a la potencia y a la fidelidad de Dios. Aceptó y creyó que Dios es fiel a su palabra y que tiene el poder de realizarla. El ángel había concluido su

⁷ Respecto a esto último, dice K. Stock: “Isabel sabe que no está en el mismo plano que María. Reconoce la diferencia, está muy lejana de igualarse a ella o de sentir resentimiento. Respecto a María, Isabel siente el aprecio y la veneración que corresponden” (STOCK, K., *Ibidem*; traducción nuestra).

⁸ Las palabras exactas de Orígenes son: “La madre del Señor había venido a ver el milagroso fruto concebido por Isabel, tal como le había anunciado el ángel, para que de esto se siguiese su fe en el fruto más excelente que de ella misma iba a brotar. Y a esta fe se refieren las palabras de Isabel cuando dice: Bienaventurada porque creíste que se cumplirían aquellas cosas que te fueron dichas por el Señor” (ORIGENES, en SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Catena Aurea, In Lucam*, caput 1, lectio 13; traducción nuestra).

⁹ SAN GREGORIO MAGNO, *Super Ezech.*, en SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Catena Aurea in Lucam*, caput 1, lectio 13; traducción nuestra.

¹⁰ Lo que en castellano vertimos como ‘lo que le fue dicho’, en el original griego son sólo dos palabras: *toîs lelaleménois*. Se usa el verbo *laleîn*. Respecto al uso que del verbo *laleîn* hace San Juan en su evangelio y en sus cartas, dice I. De La Potterie: “En San Juan el verbo *laleîn* jamás se usa para indicar una conversación ordinaria. (...) Es evidente que, para San Juan, el verbo *laleîn* tiene un valor especial. En todos los textos que nosotros hemos recorrido, se aplica a la comunicación o la transmisión de una *palabra revelada*” (cf. DE LA POTTERIE, I., *La vérité dans Saint Jean*, Biblical Institute Press, Rome, 1977, Tome I, p. 40.42; cursiva del autor; traducción nuestra). Este mismo valor parece tener el verbo *laleîn* en este versículo de Lc 1,45. Tanto es así que podríamos traducir ese versículo de la siguiente manera: “Bienaventurada la que creyó que tendrá cumplimiento lo que le fue *revelado* de parte del Señor”.

mensaje con la promesa: ‘No hay nada imposible para Dios’ (Lc 1,37). María creyó a Dios, a la validez de su palabra, a su potencia, para la cual nada es imposible. Con su ‘sí’ al mensaje del ángel expresó esa fe: fe que permanece como la forma fundamental de su relación con Dios. María realiza su cometido no en la visión, sino en la fe. No se encuentra en condiciones de comprender, descubrir y verificar todo. Se abandona a la palabra de Dios, a su amor y a su potencia”¹¹.

San Agustín va más allá todavía y dice que María fue más bienaventurada (si podemos expresarnos así) por haber concebido a Jesús en su alma a través de la fe que por haber llevado el cuerpo de Cristo en su útero. Dice el santo: “A María más dicha le aporta el haber sido discípula de Cristo que el haber sido su madre. Por eso era María bienaventurada, pues antes de dar a luz llevó en su seno al maestro. Mira si no es cierto lo que digo. Mientras caminaba el Señor con las turbas que le seguían, haciendo divinos milagros, una mujer gritó: *¡Bienaventurado el vientre que te llevó!* Mas, para que no se buscara la felicidad en la carne, ¿qué replicó el Señor? *Más bien, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan* (Lc 11,27-28). Por eso era bienaventurada María, porque oyó la palabra de Dios y la guardó: guardó la verdad en la mente mejor que la carne en su seno. Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo Verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el útero de María: más es lo que está en la mente que lo que es llevado en el útero”¹².

El Concilio Vaticano II se hace eco de esta enseñanza de San Agustín: “La Santísima Virgen, creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios, dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. *Rm* 8,29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno”¹³.

Conclusión: nuestra actitud ante la encarnación del Verbo

La frase de Jesús de Lc 11,27-28 recién citada y la explicación de San Agustín abren al cristiano una nueva perspectiva y le indican la actitud correcta que todo católico debe tener ante esta Navidad que está a las puertas. Esa nueva perspectiva y esa actitud pueden resumirse en una frase del Beato Isaac de Stella: “Se puede decir que cada alma fiel es esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana, virgen y madre fecunda”¹⁴.

El Directorio Homilético dice que, precisamente, esta es la actitud correcta del cristiano en este momento litúrgico: “Cuanto ha sido ofrecido a María (acoger al Hijo de Dios en su seno) nos es ofrecido, en cierto modo, a cada una de las asambleas de fieles y a cada uno de los creyentes en la Liturgia del domingo IV de Adviento. En Navidad, ya dentro de pocos días, se nos va a entregar. Y se realizará, precisamente, lo que ha dicho Jesús: «El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23)”¹⁵.

La fe de María hizo que ella concibiera al Verbo antes en su alma que en su útero. Nuestra fe recta, sin adulteraciones, debe hacer nacer en nuestras almas al Verbo.

Esto es posible porque antes la Iglesia se comporta como María, es decir, porque antes la Iglesia es Virgen creyente, y es Madre. Por dice también la *Lumen Gentium*: “La Iglesia, contemplando la profunda santidad de la Santísima Virgen, imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su

¹¹ STOCK, K., *Ibidem*; traducción nuestra.

¹² SAN AGUSTÍN, *Sermón 72/A*, 7.

¹³ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, nº 63.

¹⁴ BEATO ISAAC DE STELLA, *Sermones*, Sermón 51: PL 194, 1862-1863. 1865.

¹⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, nº 98.

Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera”¹⁶.

En la Eucaristía se unen ambos aspectos. La Iglesia, en la persona del ministro ordenado, consagra el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y nos entrega su sacrificio. Gracias a esta acción de la Iglesia, el fiel cristiano podrá comulgar el Cuerpo de Cristo y así llevará en sí mismo a Aquel mismo que María comenzó a llevar en la Anunciación.

Por eso dice el Directorio Homilético: “Mientras la asamblea en este domingo IV de Adviento entra en el misterio eucarístico, el sacerdote reza en la oración sobre las ofrendas: ‘El mismo espíritu, que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique, Señor, estos dones que hemos colocado sobre tu altar’. (...) A través de la Eucaristía, por el poder del Espíritu Santo, los fieles llevarán en su propio cuerpo lo que María llevó en sus entrañas. Como Ella, tendrán que hacer ‘deprisa’ el bien al prójimo. Sus buenas acciones, realizadas siguiendo el ejemplo de María, sorprenderán entonces a los otros con la presencia de Cristo, de modo que dentro de ellos se produzca un salto de gozo”¹⁷.

La correlación de los hechos, por lo tanto, es la siguiente: María concibió por su fe; Isabel creyó en la encarnación por inspiración del Espíritu Santo; la Iglesia hace presente de nuevo al Verbo Encarnado a través de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía; el fiel cristiano lo hace nacer de nuevo en su alma por su fe recta, y lo comulga en la Eucaristía. Y, luego, con la alegría de saber que lleva al Verbo Encarnado en sí mismo, se apresura a poner en práctica la caridad con el prójimo, lo cual llevará una gran alegría al mundo entero.

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo de Adviento subraya la figura de María. La vemos cuando, justo después de haber concebido en la fe al Hijo de Dios, afronta el largo viaje de Nazaret de Galilea a los montes de Judea, para ir a visitar y ayudar a su prima Isabel. El ángel Gabriel le había revelado que su pariente ya anciana, que no tenía hijos, estaba en el sexto mes de embarazo (cf. *Lc* 1, 26.36). Por eso, la Virgen, que lleva en sí un don y un misterio aún más grande, va a ver a Isabel y se queda tres meses con ella. En el encuentro entre las dos mujeres —imaginad: una anciana y la otra joven, es la joven, María, la que saluda primero: El Evangelio dice así: «Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (*Lc* 1, 40). Y, después de ese saludo, Isabel se siente envuelta de un gran *asombro* —¡no os olvidéis esta palabra: asombro. El asombro. Isabel se siente envuelta de un gran *asombro* que resuena en sus palabras: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (v. 43). Y se abrazan, se besan, felices estas dos mujeres: la anciana y la joven. Las dos embarazadas.

Para celebrar bien la Navidad, estamos llamados a detenernos en los «lugares» del asombro. Y, ¿cuáles son los lugares del asombro en la vida cotidiana? Son tres. El primer lugar es *el otro*, en quien reconocemos a un hermano, porque desde que sucedió el Nacimiento de Jesús, cada rostro lleva marcada la semejanza del Hijo de Dios. Sobre todo cuando es el rostro del pobre, porque como pobre Dios entró en el mundo y y dejó, ante todo, que los pobres se acercaran a Él.

Otro lugar del asombro —el segundo— en el que, si miramos con fe, sentimos asombro, es *la historia*. Muchas veces creemos verla por el lado justo, y sin embargo corremos el riesgo de leerla al revés. Sucede, por ejemplo, cuando ésta nos parece determinada por la economía de mercado, regulada por las finanzas y los negocios, dominada por los poderosos de turno. El Dios de la Navidad es, en cambio, un Dios que «cambia las cartas»: ¡Le gusta hacerlo! Como canta María en el *Magnificat*, es el Señor el que derriba a los poderosos del trono y ensalza a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y a los ricos despide vacíos (cf. *Lc* 1, 52-53). Este es el segundo asombro, el asombro de la historia.

¹⁶ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia, n° 64.

¹⁷ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio Homilético*, 2014, n° 109.

Un tercer lugar de asombro es *la Iglesia*: mirarla con el asombro de la fe significa no limitarse a considerarla solamente como institución religiosa que es, sino a sentirla como Madre que, aun entre manchas y arrugas —¡tenemos muchas!— deja ver las características de la Esposa amada y purificada por Cristo Señor. Una Iglesia que sabe reconocer los muchos signos de amor fiel que Dios continuamente le envía. Una Iglesia para la cual el Señor Jesús no será nunca una posesión que defender con celo: quienes hacen esto, se equivocan, sino Aquel que siempre viene a su encuentro y que ésta sabe esperar con confianza y alegría, dando voz a la esperanza del mundo. La Iglesia que llama al Señor: «Ven Señor Jesús». La Iglesia madre que siempre tiene las puertas abiertas, y los brazos abiertos para acoger a todos. Es más, la Iglesia madre que sale de las propias puertas para buscar, con sonrisa de madre a todos los alejados y llevarles a la misericordia de Dios. ¡Este es el asombro de la Navidad!

En Navidad Dios se nos dona todo donando a su Hijo, el Único, que es toda su alegría. Y sólo con el corazón de María, la humilde y pobre hija de Sión, convertida en Madre del Hijo del Altísimo, es posible exultar y alegrarse por el gran don de Dios y por su imprevisible sorpresa. Que Ella nos ayude a percibir el asombro —estos tres asombros: el otro, la historia y la Iglesia— por el nacimiento de Jesús, el don de los dones, el regalo inmerecido que nos trae la salvación. El encuentro con Jesús, nos hará también sentir a nosotros este gran asombro. Pero no podemos tener este asombro, no podemos encontrar a Jesús, si no lo encontramos en los demás, en la historia y en la Iglesia.

(PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, Plaza de San Pedro, IV Domingo de Adviento, 20 de diciembre de 2015)

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado